

RAMÓN PASCUAL MUÑOZ SOLER

EL HOMBRE ANTE SÍ MISMO

Conferencia dictada en A.D.C.E.A

9 de Abril, 1960



EL HOMBRE ANTE SI MISMO

Entre los momentos más solemnes de la vida humana, tales como el nacimiento, la muerte y la comunión de las almas en el amor, se encuentra el instante de exaltación de la conciencia en que el hombre se encuentra ante sí mismo, toma conciencia de su propia realidad, de sus propias limitaciones y del fondo insondable de su *Ser*.

Este instante sublime es esencialmente religioso, de la más pura religiosidad que pueda concebirse, realizado en el silencio del templo interior y donde el hombre, actuando como sacerdote, toma conciencia de su propia limitación y es testigo de su *Ser* real. En este reconocimiento de sí mismo, el hombre, Dios y la humanidad se conjugan en una única expresión de vida real sobre la tierra.

Este momento de amplificación de la conciencia determina y da perfección al acto más simple de la vida o a la totalidad de la existencia. Así como, según las *Sagradas Escrituras*, aquel que ve el rostro de Dios muere, así también quien está ante sí aunque fuera un solo instante, ante la plenitud del ser, ante la luz y el fuego de lo que realmente es, ya no puede ser el mismo que era antes: se trata de una experiencia transformativa que imprime una nueva dinámica a la vida.

Todo ser humano lleva en sí mismo esta posibilidad de ser y en un cierto momento de su vida se encuentra ante-sí, pero la actualización de ser lo que se es puede ser apenas un buen deseo pasajero o bien conmover profundamente la vida y adquirir el sello de una verdadera vocación de Ser.

Si revisamos la historia de la filosofía veremos como, desde los tiempos más antiguos hasta el presente, el hombre ha buscado constantemente, por el esfuerzo del pensamiento, la realidad del ser, de lo que verdaderamente es, de la realidad fundamental y eterna que está detrás de las apariencias del mundo fenoménico.

Platón decía que lo que mueve al hombre a conocer la realidad era la

admiración:

Nuestros ojos nos hacen ser partícipes del espectáculo de las estrellas, del sol y de la bóveda celeste.

Este espectáculo nos ha dado el impulso de investigar el universo. De aquí brotó para nosotros la filosofía, el mayor de los bienes deparados por los dioses a la raza de los mortales.

Y Aristóteles decía:

Pues la admiración es lo que impulsa a los hombres a filosofar; empezando por admirarse de lo que les sorprende por extraño, avanzaron poco a poco y se preguntaron por las vicisitudes de la luna y del sol, de los astros y por el origen del universo.

En realidad, en esta admiración, el hombre toma conciencia de su no-saber y quiere saber, surge el conocimiento. Se pone en duda la realidad del universo, se quiere conocer lo real, lo permanente.

Cuando el conocimiento racional ha adquirido un cierto desarrollo el hombre toma conciencia de los límites de su propio pensamiento; se encuentra ya no ante el universo, sino ante su propio pensamiento, duda de la realidad del conocimiento suministrado por los sentidos. Surge entonces la crítica de la razón, la epistemología de la ciencia y se busca la certeza del conocimiento.

Siguiendo esta línea de filosofía histórica que tan bien desenvuelve Karl Jaspers, nos encontramos con una nueva veta en la búsqueda de la realidad, nueva solamente por lo que se diferencia de las dos anteriores, pero tan antigua que ya el estoico Epicteto resumiera en la siguiente frase:

“El origen de la filosofía es el percatarse de la propia debilidad e impotencia”.

Lo que se pone en duda aquí ya no es el universo o la razón sino la propia existencia humana. El hombre, absorbido por el conocimiento del mundo exterior y viviendo para las cosas, se ha olvidado de sí mismo.

La problemática de la existencia humana se constituye en el tema central de la filosofía contemporánea y el “ante-sí” como problema vital y existencial es una de las inquietudes fundamentales de estos tiempos.

Jaspers ha señalado con mucho acierto lo que llama situaciones límites, es decir situaciones tales como la muerte, el padecimiento, la lucha por la vida, el estar sometido al azar, el sentimiento de culpa, de las cuales no se puede escapar y que en última instancia dan al hombre el sentimiento de su propio fracaso.

La vivencia auténtica de este fracaso, la conciencia de su propia impotencia y el reconocimiento de las situaciones límites, conmueven profundamente al hombre y lo impulsan hacia un “más allá de la existencia”, hacia la raíz esencial del Ser.

Pero para que el fracaso existencial tenga un poder altamente regenerativo hay que aceptarlo plenamente, vivirlo, experimentarlo y no escapar de él.

Es decir, que no es suficiente la conciencia de las situaciones límites ni del fracaso para llegar a

Ser sino que es necesario hacerse cargo plenamente de la propia situación

límite.

En su lugar, el hombre reacciona ya sea cerrando los ojos y huyendo de ellas o bien entregándose a la desesperación, es decir, con un movimiento que lo saca de la visión real de sí mismo.

Cuando el hombre está sano, pleno de fuerzas, toma conciencia de su poder y se lanza hacia la conquista del mundo y de la vida.

Cuando está ante el dolor y la impotencia se desespera, y cuando pasa la crisis se olvida de nuevo de sí mismo y se lanza nuevamente hacia el goce de vivir.

Solamente la estabilidad dentro de los límites del propio fracaso, si hay una actividad vocacional de ser, permite superar las limitaciones de la existencia y lograr la plena realidad de la condición humana.

Hemos hablado de vocación de ser y ello requiere una explicación.

Es decir, que todas las especulaciones acerca de estas situaciones límites, la analítica de la existencia humana y el reconocimiento de su raíz esencial, no constituyen un camino para lograr un verdadero estado de ser. No se trata solamente de un autoconocimiento, autoanálisis o auto-realización, como expresiones de acción racional o volitiva del hombre sino de un salto desde el plano contingente de la vida al plano del ser que supone, para nosotros, una *elección vocacional de ser*.

En otras palabras, una cosa es el conocimiento racional de sí mismo, como vía psicológica o filosófica, y otra cosa muy distinta es el camino viviente que conduce al ser.

Tal vez nunca como hoy, en las condiciones de vida que brinda la sociedad, los hombres han tomado conciencia de las limitaciones de la propia condición humana para lograr una plena visión de la realidad y una forma de vida realmente humana sobre la tierra.

Los progresos técnicos y científicos logrados hasta ahora no han sido garantía de una mayor comprensión entre los hombres, sino que por el contrario la sociedad técnica industrial y urbana está creando tales deformaciones en la vida individual y colectiva que amenazan inclusive a la raíz misma de la humanidad.

El clamor general no es hoy el de un mayor progreso sino de una mejor humanidad.

Se presiente por todas partes que no son los sistemas sociales ni las instituciones los que hacen falta cambiar sino el propio corazón del hombre; lo que hace falta es “más conciencia”, “más amor”, “más responsabilidad”... ¿pero cómo lograrlo?

Al día de hoy se tiene conciencia de una situación límite fundamental que está dada por la propia naturaleza del hombre. Es decir, que cualquiera sea la estructura social en que se vive, hay un límite de posibilidades de conocimiento, de comprensión, de amor, de acción, etc., que está dado por un núcleo interno difícilmente accesible a una transformación radical.

Lo que realmente importa no es embellecer ese núcleo con la cultura o agrandarlo con el progreso porque todo ello no cambiará la calidad del hombre; lo que hace falta, al día de hoy, es una conmoción substancial que permita liberar energías desconocidas de la profundidad del ser para dar al hombre la plenitud de su humanidad.

Lo que llamamos humanidad es sólo un aspecto contingente, superficial y periférico de la real condición del hombre.

El hombre se mueve habitualmente en un plano contingente y lo que conocemos de él, sus pensamientos, sentimientos y acciones son también aspectos contingentes y no esenciales.

La real condición humana se establece por un *salto vocacional* desde el plano

de la vida contingente al plano del ego-ser; la realidad trascendente del ser no es un “más allá de la humanidad”, como se pretende a menudo sino la condición esencial de la misma.

Pero es necesario recalcar una vez más que esta realización del ser no es el fruto de un autoanálisis ni de un conocimiento racional de sí mismo sino de una vocación actualizada de ser-hombre.

¿Qué quiere decir esto?

1) En primer lugar supone una elección de vida; una consagración a ser lo que se es como aspiración más importante de la vida: es actitud vital y no de conocimiento.

2) Fidelidad integral al ideal elegido.

3) Capacidad de sacrificio. Decisión de jugar el propio destino de vida, o sea los valores contingentes, por el valor esencial. Esta es la prueba por el ser: dar testimonio de la muerte de los valores contingentes por el valor supremo. Esta muerte o renuncia es condición fundamental de ser y sin ella la vocación de ser queda como un ideal irrealizable.

El nacimiento en la línea del ser supone muerte en la línea del devenir contingente.

Por esta renuncia de que hablamos el hombre puede dar testimonio sobre la tierra de su valor esencial y divino; a través de la renuncia, el valor trascendente del ser se hace inmanente y vital y renueva, vigoriza e ilumina los valores humanos que adquieren, por la renuncia, plenitud de humanidad.

Por esta consubstanciación de lo humano con lo divino, del devenir con el ser, el hombre restablece el camino entre la humanidad y la divinidad no haciendo a Dios ideal sino vivo. Este es el camino vivo del *Ser* y no solamente una teoría o especulación acerca del mismo.

Por último diremos que este camino vocacional de ser no es para la masa, culta o no, sino para una aristocracia del espíritu; para aquellos hombres que quieran lograr el segundo nacimiento que los despierte de la vida contingente a la vida plena del ser y puedan dar a la humanidad la luz, la pureza y el ser que tanto necesita.